

## **Posición y orientación del altar<sup>1</sup>**

*Louis Bouyer*

Hasta hace poco, el obispo o el sacerdote que presidía la celebración eucarística, tanto en la Iglesia católica como en la ortodoxa oriental, así como en las iglesias anglicana y luterana más tradicionales, celebraba, en principio, mirando hacia Oriente. Los fieles se agrupaban entonces detrás de él.

Recientemente, se ha querido sustituir este esquema por la celebración «de cara al pueblo», como se dice, colocándose el celebrante detrás del altar.

¿Qué pensar de estas diferentes disposiciones? Más concretamente, ¿cuál puede considerarse preferible para una participación efectiva de los fieles?

Antes de entrar en materia, conviene precisar que, al menos hasta la Edad Media, nuestra disposición actual de las comidas, con los comensales sentados uno frente al otro a ambos lados de una mesa redonda u oblonga, era completamente inusual.

Tanto para los judíos como para los griegos y los romanos, la mesa que se utilizaba no era redonda ni rectangular como nuestras mesas modernas, sino que tenía forma de sigma, es decir, como una herradura abierta. Todos se sentaban en el lado convexo, dejando el cóncavo libre para el servicio. En estas condiciones, nadie se sentaba frente a nadie, sino que todos estaban más o menos en la misma dirección. Así se organizaban, en particular, las comidas festivas, como la de Pascua. En este sentido, la única distinción de los judíos era que se orientaban hacia Jerusalén.

Sin embargo, los cristianos, desde muy temprano, se orientaron más bien hacia el Oriente geográfico: ¡pensemos en «la luz de lo alto que vino a visitarnos» del evangelio de san Lucas! Así es como las primeras iglesias cristianas se distinguirán muy pronto de las sinagogas.

Entonces pueden darse dos casos: o bien es el fondo del edificio eclesiástico el que está orientado, o bien es su entrada. En el primer caso, el más frecuente, el celebrante se coloca del lado

---

<sup>1</sup> Actas I. Notre-Dame-du-Laus – Gap. Del 4 al 6 de octubre de 1995.

de los fieles. En el segundo caso, como en la actual Santa Pedro de Roma, se situará frente a ellos, al otro lado de la mesa del altar. Sin embargo, en general, se tenderá a evitar esta última situación, en la que los fieles, para mirar también hacia Oriente, tendrían que dar la espalda al altar y al propio celebrante.

Pero, ¿qué pensar de lo que ocurre ahora en muchas iglesias en las que se ha introducido la celebración frente al pueblo?

Como se ha perdido más o menos el sentido de la orientación, los fieles, sin duda, ya no dan la espalda al altar y al celebrante, sino que lo miran de frente. Sin embargo, ¿qué pensar de una celebración en la que se han convertido en simples espectadores de una acción que el celebrante realiza para ellos, pero ya no a la cabeza, con ellos, asociándolos a ella?

En mi humilde opinión, hay que hablar con franqueza: no nos unimos realmente a una acción de la que somos espectadores.

Por el contrario, solo se participa en ella siendo solidario con el celebrante, teniéndolo a la cabeza, como jefe del cuerpo que debemos constituir con él.

No se puede insistir lo suficiente en ello: ver a alguien hacer algo por ti, como si fuera en tu lugar, es directamente opuesto a hacerlo con él, unido a él.

Hay que elegir necesariamente entre una liturgia de participación y una pseudoliturgia que no es más que un espectáculo o, en cualquier caso, tiende a serlo.

¿Qué conclusión sacar? Hay que decirlo sin vacilar: ¡la forma antigua de hacerlo, anterior al reciente movimiento litúrgico —en el que, por desgracia, lo mejor convive con demasiada frecuencia con lo peor— era la correcta! Los fieles, formando un cuerpo con el sacerdote celebrante a la cabeza y, por tanto, con él, del mismo lado del altar, son así llevados por él a unirse a él en la celebración del sacrificio. Por el contrario, los fieles, que se limitan a mirarlo, separados de ellos, frente a ellos para celebrar y consagrar la oblación, no se sienten en absoluto inclinados ni comprometidos a unirse a él.

Hay que elegir: o bien una liturgia sacramental que os compromete, os introduce, os asocia al sacrificio, o bien una liturgia que es un simple espectáculo, en la que el sacerdote lo hace todo por separado, solo por su cuenta, y los fieles se limitan a ser testigos distantes: ¡o bien una liturgia participada, o bien una liturgia-espectáculo!